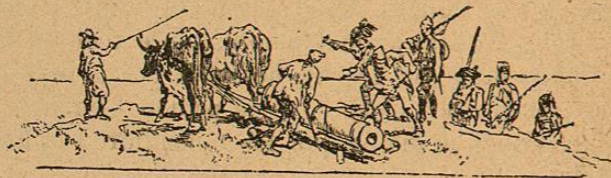


su legítima impaciencia por destruir el juego imperial insoportable, han sido duramente castigados; entre tan triste suceso, ni siquiera les quedó el consuelo de absolverse á sí mismos de haber abierto las puertas (al menos indirectamente) al extranjero. Yo tengo una prueba que debo mencionar aquí. Esto me ha hecho experimentar que, si la ilusión, el instinto mismo de la libertad han conducido muchas veces á los hombres á violar la patria, es inmenso también el remordimiento, la inquietud que sienten por los juicios del porvenir.

En el momento en que publiqué el principio de la *Historia de Francia*, ví llegar hasta mí un hombre de respetable edad, de venerable aspecto, uno de los más fieles realistas, Mr. Lainé.—Vino para una consulta que quería hacer en los Archivos sobre una comuna que pretendía desahuciar á no sé que personaje: proceso desgraciadamente muy común entonces y después.

Esta cuestión hizo que nos aproximásemos, y á pesar de la distancia de nuestras opiniones generales, Mr. Lainé me habló de mi *Historia* y me excitó á que la continuara: «Ya llegaréis, me dijo, al 1815; no olvidéis de que si nos hemos decidido á izar bandera blanca en Burdeos es porque muchos hablaban de que los ingleses iban á ocupar la población y á enarbolar la bandera roja.» Mr. Lainé, enfermo entonces, débil y jadeante, alto, seco, (parecía un fantasma) habló de este triste suceso con una fuerza, con tanto calor que me sorprendió y me conmovió; sentí el aguijón profundo que mortificaba su alma y respeté en él, no solo sus años y su talento, sino su carácter, su moralidad y sus remordimientos.



CAPITULO II

Aparente desorganización de la Francia (Octubre-Diciembre 92)

Por qué parecía necesario el proceso.—Agitación de los campos y cambio general en la propiedad.—Ningún acontecimiento impide la venta de los bienes nacionales.—La población se desanima.—El campesino no creyó nunca en el regreso del antiguo régimen.—El país permanece indiferente á los negocios públicos.—Pintura de París, especialmente del Palais-Royal.—La sociedad parisién enerva á los hombres públicos.—Influencia funesta del mundo financiero.—Descomposición de la Gironda.—Individualidades insociables.—Espíritu legista; espíritu escriba; fracciones meridionales.—La autoridad no figura nunca en las fracciones de este partido.—Indecisión; no hay genios de acción.—Vergniaud y la señorita Candelle (Diciembre 22).

Luis XVI era culpable, pero no se tenían pruebas de su culpabilidad. La Francia victoriosa, conquistadora, á cuyos brazos se arrojaba el mundo, ¿qué peligro inmediato podía temer? Indudablemente alguno extraño. ¿La salud pública exigía que se acelerase el proceso del rey y que se le llevara á la muerte?

Si se busca una explicación del ardor y la persistencia que los políticos de entonces mostraron, se encontrará, sin duda, una razón muy fácil en la oposición encarnizada de los partidos de la Convención, su sombría furia de jugadores que apuestan unos y otros su cabeza sobre la cabeza del rey. Pero sería cometer una injusticia con estos acendrados ciudadanos si no se les reconociera que en esta lucha se inspiraron en un sincero patriotismo, creyendo verdaderamente que no podían fundar la nueva sociedad más que aniquilando la sociedad vieja en su principal símbolo. Creyeron en que la muerte de Luis XVI era la vida de la Francia.

Todo el mundo estaba asustado de la desorganización universal. Queríase un gobierno. Los girondinos creyeron no poderlo crear más que con el castigo de las matanzas de Septiembre, los de la Montaña

con el castigo de las matanzas del 10 de Agosto y por la muerte del rey que, según ellos, las había ordenado.

Toda soberanía se hace constar en la jurisdicción. Todo antiguo señorío comenzó realizando un acto de justicia, plantando la horca en su palacio. Muchos creyeron que la Revolución debía hacer lo mismo, asentando su soberanía, empuñando su cuchilla, haciendo auto de fe, probando que creía en sus propios derechos.

La sociedad les parecía cubierta de polvo que arrastraban los cuatro vientos. Había necesidad de reunir, por grado ó por fuerza, á todos los elementos indóciles; de recomenzar la unidad sobre un nuevo edificio social. ¿Cuál sería la primera piedra? Una vigorosa negación del viejo sistema. ¿Qué hicieron los romanos para fundar su Capitolio? Miraron en su fondo una cabeza sangrienta, sin duda, la cólera de un rey.

Dos cosas parecían espantar más aún que el peligro exterior la *parálisis creciente de los pueblos* en los que las masas permanecían indiferentes á los negocios públicos y la *agitación en los campos* donde la propiedad estaba transformada; en unos y otros aniquilada la autoridad pública.

El campo, esta Francia durmiente que se mueve cada mil años, daba miedo, parecía el vértigo por su agitación. El hogar viejo fué destruído y el nuevo apenas si estaba fundado. Desgarrado el antiguo dominio; rotas sus barreras; vendidos los muebles señoriales, destrozados, arrojados por la ventana, sillones dorados, retratos de nobles antepasados cocían el puchero. Los comunales, este patrimonio que fué durante mucho tiempo granjería de los ricos, quedaron al fin en poder del pueblo. El mismo abusaba; no conocía límites; toda propiedad corría el riesgo de ser comunal.

Los animales dóciles hacen como los hombres; inteligentes imitadores, parecen comprender que todo ha cambiado; marchan, se confían á las libertades de la naturaleza, haciéndolo todo dulcemente. La democracia animal, invasora, insaciable, franqueó las vallas, los fosos. El toro padece gravemente por la señorial dehesa. La cabra, más pícara, hace sus reconocimientos en el seno de las seculares florestas: sin piedad su niveo diente hiere de muerte el árbol feudal.

Las florestas naciones no estaban tampoco mejor tratadas. El nuevo rey, el pueblo, no tenía grandes miramientos hacia sus propios dominios. El campesino, para hacerse un par de zuecos, escogía aquel árbol, señalado por la marina, con el que podía hacerse la arboladura de un barco; lo atacaba por el pie prendiéndole fuego y lo derrumbaba, destruyéndolo. Saqueaba el monte, arrasaba el bosque mismo que en el invierno sostenía las nieves protegiendo del viento á la población.

No hace falta más que una mirada ligera para reconocer en medio de todos estos accidentales desórdenes el nuevo orden que se fundaba. Una misma voz, sobre todos los rumores, se elevaba poderosa, pronunciando el *Ca ira* de la conquista y no la voz de la anarquía.

Entre las bandas de voluntarios que sin medias ni zapatos se marchaban alegremente hacia el Norte habréis visto indudablemente otras bandas no menos ardientes, las de campesinos que marchaban á la venta de los bienes nacionales. Jamás ejército en batalla, jamás soldado que entra en fuego tuvo un corazón más duro. Fué aquello como la revancha del antiguo régimen.

Asunto capital y supremo para la Revolución, que no siente las mismas crisis de la Revolución. Influye sobre las crisis y no recibe su influencia. Camina sordo, ciego. ¿Insensible? No se sabe, pero marcha... Traza un camino invariable, de una regularidad fatal, recto, todo una línea. Es como la nerviosa pendiente de la catarata. Se trata de la compra de bienes nacionales. El campesino ha jurado comprar ó morir. Los acontecimientos ni le detienen ni le importan. Declárase y compra. Se derrumba el trono y compra. Se acerca el enemigo y no siente emoción, continua comprando sin pestañear; la proximidad de sesenta mil prusianos le hace encogerse de hombros. ¿Qué haría esta gente por la apropiación de un pueblo?

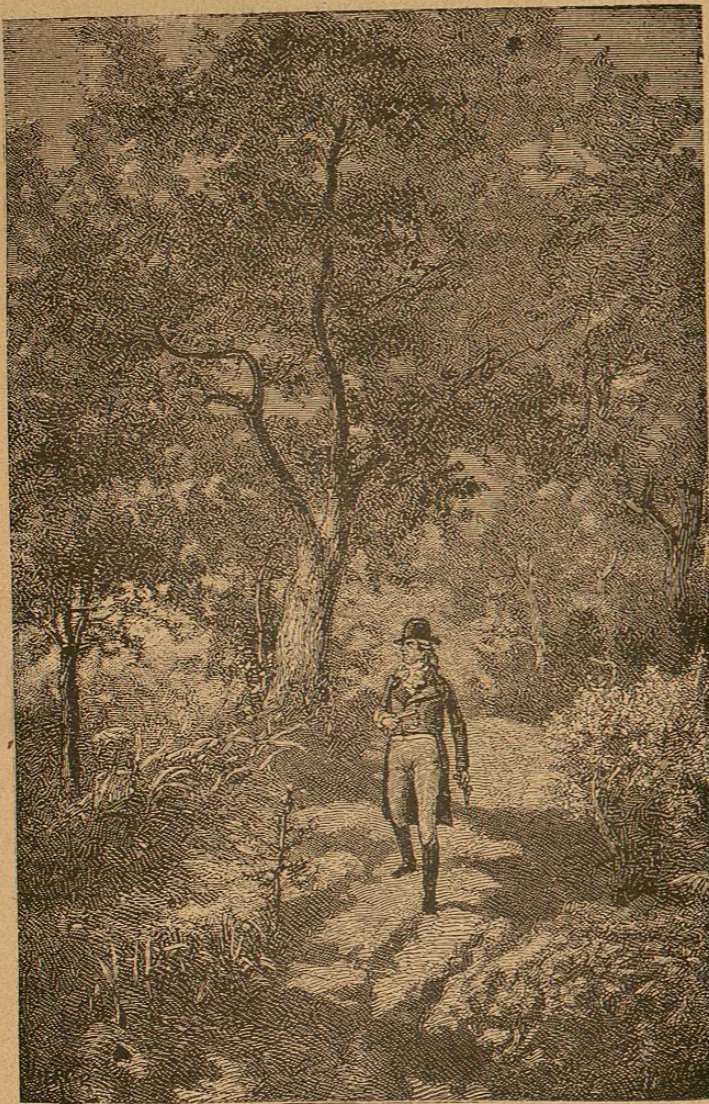
En esta época se había vendido ya por valor de TRES MIL MILLONES de *bienes nacionales* (informes del 21 de Septiembre y del 24 de Octubre).

Sólida por su masa, la venta de los bienes alcanzó una división infinita.

Los partidos convertidos en parcelas; las parcelas en átomos; casi no quedó nadie á quien no alcanzara algo. Millones de hombres, directa ó indirectamente, de cerca ó de lejos y aun sin quererlo, formaban esta liga: sino como adquirentes, subadquirentes, asociados, interesados, era como prestatarios, acreedores, deudores, como parientes finalmente, como herederos lejanos, posibles. Era una muchedumbre espantable por su número, no menos en fuerza, en pasión, en espíritu de protección para los suyos. Tocar á uno era tocarlos á todos. El interés individual se convertía en interés colectivo. Procesar á un adquirente hizo surgir de la tierra más hombres que la invasión. Intereses sensibles hasta este extremo, mezclados, enredados, habían adquirido el carácter de inatacables. Una revolución fundada sobre estos cimientos, era sólida, fuerte necesariamente. Figuraos un inmenso bosque en el que en muy poco tiempo, por virtud de un terreno feraz y fértil, crecen los árboles entrelazándose sus ramas, trenzándose unos con otros materialmente, pegándose sus resinas de suerte que la mirada no llega á descubrir donde hay un tronco aislado. Podrán llegar sobre el bosque todos los huracanes del mundo, pero no logrará arrancar un solo tronco.

Pero justamente, por ser la nueva creación una máquina complicada, se la comprendía menos; no se veía más que el azar, el desorden exterior; no podía vislumbrarse el orden perfecto y profundo que la naturaleza coloca en todas sus obras. Asustaba la complicación del fenómeno; pero precisamente en esta complicación radicaba su fuerza.

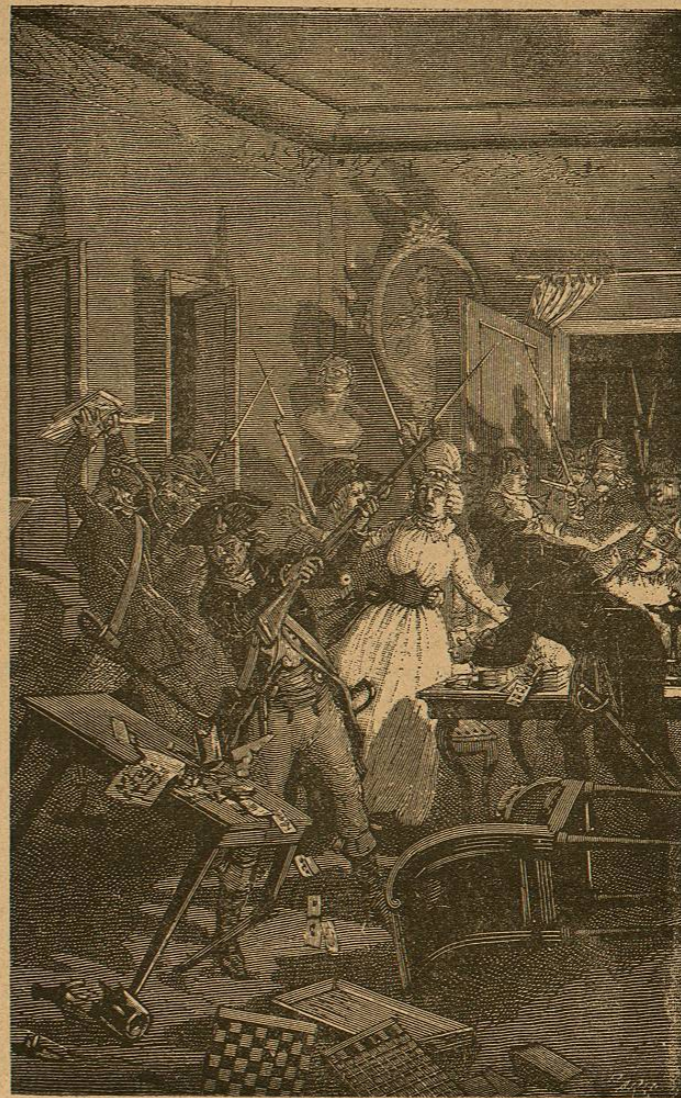
Decían los políticos á voz en grito: «Vamos á perecer.» El campesino reíase. No hubo un momento de vacilación. Nunca se les suprimió la ridícula idea de la reconstitución del antiguo régimen.



La entrevista tuvo lugar en una casa de campo (Pág. 402)

¿Para revivir había vivido? ¿Fue nunca un ser? Miserable tablero de cien piezas góticas, nada tenía de ser organizado. Vivía fuera de la naturaleza y contra la naturaleza, pero apenas destruido, al día siguiente nadie creyó en él. Había entrado en el período histórico: pertenecía

al pasado, al mundo de la quimera: era como una pesadilla durante una larga noche. Este carnaval de monjes blancos, morenos, grises, negros, de gentes de espada polvorienta y enmohecida, llevando mangas como



... después de haber quemado las barajas, destrozado y arrojado por la ventana los dados ó los tableros de damas (Pág. 420)

las mujeres, había concluido. Había vuelto la luz del día y las máscaras se habían alejado. Parece cosa increíble que á Europa le costase tanto para echar á los capuchinos.

«¡Holgazán!—era la ruda maldición del hombre de trabajo, la fra-